

Conjugando el presente

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

La añoranza suele ser, casi siempre, la línea crítica de menor resistencia. El lema de que “todo tiempo pasado fue mejor” tiene un poco la culpa. En cualquier orden del conocimiento el pasado sigue el verdadero presente. Ese presente en que nos gusta respirar y vivir. Nada de compromiso circundante. Nada de inmediatez. De fuerza de lo cercano, de lo correcto, de lo que hormamos y nos horma. Personalmente siempre me ha parecido esta actitud de cobardía y de recelo. Miedo a ser nosotros. A ser consocios de nuestra época. A enfrentarnos a ese oleaje de responsabilidades en que toda existencia se siente comprometida y emplazada. Porque el presente requiere que lo entendamos como síntesis. El presente es esa palpitante frontera donde pasado y porvenir se vuelven vida funcional, energía perceptiva, dinámica del corazón. Conjuguar en activo —personalmente prefiero el imperativo— es un ejercicio que tiene más conflictos con la moral que con la gramática. Vivir en presente. Pocos poquísimos, en verdad, se acomodan a tan severas normas. A esas normas de prolongar el pasado. De no dejarlo morir. De sentirlo como una victoria que se conquista segundo a segundo. Pero sin pretificar esa anterioridad. Sin convertirla en un monstruoso fantasma que inhiba nuestra necesidad de avanzar.

Ya los niños —se dice con beatífica saudade— no nutren sus sueños ni avivan su fantasía en el universo de los gnomos, de las hadas y de los príncipes azules. Se trata con ello de lanzar anatema contra las historietas de aventuras que ofrecen una marcada tendencia a aprovechar para su desarrollo otros elementos de la imaginación o del conocimiento. Se desearía, con desconocimiento de los fines, de evitar que la niñez conquiste, burla burlando, otros terrenos del interés imaginario. Se trata, en suma, de que el niño de nuestro tiempo sea el niño de otro tiempo. Y esto es falso y es absurdo. Es, implícitamente, negarle el derecho a esa niñez a su propio futuro. Aceptamos un pasado, con todo su peso de rigor, de esplendor y sacrificio y que nos consideramos comprometidos —alegre y vigorosamente comprometidos— en el esfuerzo de hacer de nuestro presente para legar un pasado. Todo esto es negativo. Peligrosamente negativo. Es casi una demostración de que no apreciamos, en toda su valía, ni el pasado ni el porvenir.

Sobre el lema de que todo tiempo pasado fue mejor, se ha construído un falso edificio de apreciación estética y social, una verdadera hegemonía de la ignorancia, un ridículo catecismo crítico. A la hora de un estricto alinderamiento, los más enardecidos defensores del pretérito son los que menos lo conocen y menos lo necesitan. Es frecuente, por ejemplo, encontrarnos con ese buen señor que ostenta —a pesar de su campechanía y exceso de buena voluntad —una inquietante fobia por las últimas formas de expresión. Y entonces viene aquello de Cervantes y de Goethe y del equilibrio heleno. Pero resulta que ese buen señor no solo desconoce las novísimas conquistas expresivas— hijas legítimas de una rigurosa tradición— sino tampoco, y ni por asomo a los clásicos que con tanta pompa se da el lujo de citar.

Un buen señor, ese buen señor repartido en tantos buenos señores, me hablaba, hace de esto algunos días, de los “mamarrachos” de Picasso y de las “barrabasadas” de Neruda. En cambio me decía, con los ojos entornados y el gesto suspirante de quien memora un placer largamente gozado, cuánta profundidad y cuánta belleza en la pintura y en la prosa de los antiguos maestros. Una breve inspección, casi una inspección escolar, por la sensibilidad de mi añorante interlocutor, me dio la clave de su secreto. El buen hombre tampoco conocía, ni de cerca ni de lejos, a sus amados arquetipos. Hablaba de oídas. Poniendo en función, tal vez sin conocerlo, uno de los aspectos de la vanidad literaria más corrosivamente desnudados por Louis Bertrand: “La mayoría de los hombres admiramos a la grandeza para que se nos admire por nuestra capacidad de admiración”. No tenía, como era bien visible por la orfandad de sus respuestas, una geografía conceptual donde cimentar su gratuito fervor artístico. Amaba el pasado en la medida en que este le evitaba la responsabilidad de entender su presente, de buscarle remotos asideros a su diaria realidad.

El secreto, pues, para asumir una actitud responsable ante el presente —ante ese turbión de circunstancias que nos urge, nos conforma y reclama nuestro concurso— es la de no mirarnos ni mirar a los demás como si fuésemos generados espontáneamente. Y esto se alcanza con una ingente, agotadora disciplina. La mayoría de los hombres lo que realmente aman es la oportunidad de deponer, en otros que tengan más fuerza, vocación y voluntad para hacerlo, su necesidad de entender y sentir. Forman legión las personas que ni van a cine ni leen un nuevo libro ni asisten a una exposición pictórica mientras su crítico de cabecera no les haya indicado el rumbo a seguir. O, lo que es lo mismo, esas personas no tienen, por haber renunciado a ellos voluntariamente, ni sentimientos ni conceptos de primera instancia. Con el subsidio de su inteligencia, se evitan el temido pero fecundo ejercicio de pensar por cuenta propia. La admiración al pasado, en quien no se haya sumergido en ese pasado como fluyente manantial, es, repetimos, uno de los más pueriles y desdichados aspectos de la vanidad. Por eso simplemente por una gloria y una fascinación seculares, el Partenón puede parecerles más hermoso y más justo que la torre de Eiffel y la pintura de Rafael o de Leonardo más cargada de ritmo y de gracia que los lienzos de Picasso. Pero los equivocados no son el ingeniero que concibió la esquelética torre de acero ni el enérgico español que ha clavado su pincel, como un lábaro de conquista, en un nuevo

y misterioso continente plástico. Los dos, secretamente impulsados por lo que desea el espíritu de las formas de su tiempo, asumen una conducta revolucionaria para tener derecho a ser clásicos cuando esas formas, a su turno, queden amparadas por la magia y el prestigio del tiempo. Ellos en fin, contribuyen a mantener despierto un espíritu que no se niega a morir porque nunca faltarán hombres que lo conjuguen en presente. Lo que nos hace concluir que aquellos que pretenden defender un pasado sin conocerlo ni amarlo, no viven en el pasado ni en el presente. Sencillamente viven en el limbo.